

5-2000

Vocación y misión del sacerdote según San Vicente de Paúl

Raymond Facelina C.M.

Follow this and additional works at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana>



Part of the [Catholic Studies Commons](#), [Comparative Methodologies and Theories Commons](#), [History of Christianity Commons](#), [Liturgy and Worship Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

Facelina, Raymond C.M. (2000) "Vocación y misión del sacerdote según San Vicente de Paúl," *Vincentiana*: Vol. 44 : No. 3 , Article 16.

Available at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana/vol44/iss3/16>

This Article is brought to you for free and open access by the Vincentian Journals and Publications at Via Sapientiae. It has been accepted for inclusion in Vincentiana by an authorized editor of Via Sapientiae. For more information, please contact digitalservices@depaul.edu.

Vocación y misión del sacerdote según San Vicente de Paúl

*por Raymond Facéline, C.M.
Provincia de París*

I. El Cristo de San Vicente

No me había dado cuenta. Me puse a repetir la confesión de fe de la Iglesia que recito de memoria, con tanta sinceridad y convicción como San Pedro en Cesarea de Filipo¹. Y esto es lo que descubrí. En nuestro Credo, como una anomalía, se pasa directamente del nacimiento de Jesús a su pasión y a la cruz..., como si no hubiera existido nada entre estos dos acontecimientos. Treinta años de Evangelio dejados bajo el silencio. Todo el ministerio de Jesús puesto en negro; o mejor, reducido a una sola palabra: la cruz. ¿Será la cruz de Jesucristo el epicentro de nuestra fe, tan maltratada por las sacudidas de la vida? ¿Será la cruz el signo de la encarnación redentora?

Simón Pedro, en nombre de todos los suyos, pasa brillantemente el examen de la fe. A la pregunta: “Para vosotros, ¿quién soy yo?” Reconoce y proclama la verdadera identidad de Jesús: Mesías, Hijo de Dios vivo, es decir, que en Jesús, Dios viene como libertador y salvador. Gracias a la revelación del Padre, Simón Pedro expresa los planes de Dios. Jesús felicita y alaba a Pedro. Jesús proclama bienaventurado a Pedro que es una roca, de toda confianza, sólida para la construcción de su Iglesia. Pero en el momento de comenzar el periodo de formación de los apóstoles, la primera lección de Jesús sobre la pasión y la cruz no les entra en la cabeza. Pedro reacciona inmediatamente, como un guardaespaldas. Pedro se “adelanta” a Jesús, le cierra el paso. El voluntarioso Pedro se coloca audazmente en su lugar: “Tú detrás de mí!” Pedro no es pues la alineación. Se excede en su papel, como estorba en el camino de la cruz la piedra de escándalo. La cruz, a los ojos humanos, es un escándalo satánico. Eso, al igual que Pedro, podemos verlo sin más; la carne y la sangre bastan para demostrarlo. El Padre no nos lo revela. De hecho, en relación con el sufrimiento y la cruz, nuestros pensamientos no son los de Dios. Los designios de Dios son impenetrables. Pero el Padre entrega a Jesús su Hijo para nuestra liberación y salvación que pasan por la muerte y la muerte en la cruz². La acción liberadora y salvadora de Dios se despliega con fuerza y se manifiesta con claridad en lo más

¹ Cf. Mt 16, 13 ss.

² Cf. Flp 2, 1-11.

profundo del anonadamiento humano³. Dios es el Absoluto del amor. Da su vida en Jesucristo para salvarnos. La paradoja expresa el misterio, de manera que el camino para ir a Dios Padre es Jesucristo, la verdad y la vida, porque es el camino que Dios ha escogido para llegar a nosotros.

Me he detenido bastante en esto. Al leer y releer los escritos de San Vicente, tanto las cartas que nos han llegado, las conferencias a los misioneros o a las Hijas de la caridad, como las Reglas Comunes que les entregó, me he sentido impresionado y hasta fascinado, no por el sentido del pobre que tiene San Vicente, sino por su idea de Jesucristo. ¿Quién como él se implicó en el mundo de su tiempo? ¿En los sectores más variados? Pues, a la par que Santa Teresa de Ávila, San Vicente vive “en el medio divino”. Está en familiaridad permanente con Aquél a quien llama “Nuestro Señor”, pero también “Jesucristo”. *“Acuérdese, padre, de que vivimos en Jesucristo por la muerte en Jesucristo y que hemos de morir en Jesucristo por la vida de Jesucristo y que nuestra vida tiene que estar oculta en Jesucristo y llena de Jesucristo y que, para morir como Jesucristo, hay que vivir como Jesucristo”*⁴.

Ocho veces aparece el nombre de Jesucristo en esta frase. Todas las cartas comienzan por la fórmula “*La gracia de Nuestro Señor esté con vosotros*” y con frecuencia en el curso de la carta o de la conferencia, recuerda, venga o no venga bien, una frase del evangelio, un ejemplo de la vida de Jesús, una palabra suya. Cristo está en el centro de la vida, del pensamiento y de la acción de San Vicente.

Esto no es original. Se puede decir de muchos santos o cristianos canonizados. Lo que es propio de San Vicente y de la identidad vicenciana es la interpretación que hace San Vicente, el modo como se aproxima a Jesucristo, el ángulo desde el que ve y contempla a Jesucristo. Escuchémosle: “*Si se pregunta a Nuestro Señor qué habéis venido a hacer en la tierra? A ayudar a los pobres... a otra cosa? ¡A ayudar a los pobres!*”. Cita a Lucas 4, 13-18, es decir, la primera homilía de Jesús en la sinagoga de Nazaret, un sábado. Le presentan el libro del profeta Isaías. Lo desenrolla, encuentra el pasaje donde está escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió: me ha enviado a llevar la Buena Nueva a los pobres” y continúa la cita: los cojos andan, etc., y cerrando el rollo Cristo concluye, “*hoy se cumple en vuestros oídos este pasaje de la Escritura*” (que es propiamente la definición de la homilía).

El Cristo de San Vicente es el Cristo de Lucas, es el Cristo evangelizador de los pobres. Cuando San Vicente dice “ayudar” no habla como se hablará en el siglo XIX o XX con cierto paternalismo o maternalismo, evocando la “caridad”, ya que en el siglo XVII la asistencia es una presencia activa. Se trata para San

³ Cf. Sal 68, 21; 1 Sam 2, 6.

⁴ SV I, 295 / ES I, 320. En las citas posteriores de las obras de San Vicente, la primera referencia (SV) corresponde a la edición francesa de P. Coste y la segunda (ES), a la edición española de Sígueme.

Vicente de la preocupación por actuar de suerte que la Buena Nueva llegue a los pobres, no sólo de palabra sino de obra.

“Evangelizar es hacer eficaz el Evangelio”. Por lo tanto, Cristo está en el corazón de la fe de San Vicente, porque Cristo ha estado y está en el corazón de su vida. Siguiendo la tradición de los apóstoles, San Vicente se entregó a Dios para seguir a Jesús, Nuestro Señor. Sólo se tiene por el discípulo que sigue a Jesús. Cuando San Vicente dice “Jesucristo”, se refiere a su humanidad. Jesús, nacido de María en Belén, que pasó haciendo el bien. Cuando San Vicente dice “Nuestro Señor”, proclama el misterio de la fe en el Hijo de Dios, el salvador, el resucitado⁵. San Vicente se maravillaba del comportamiento del hombre Jesús. Ésta me parece que es una clave de lectura para profundizar en la idea que San Vicente tiene del sacerdocio. No separa el sacerdocio y la espiritualidad presbiteral del sacerdocio y de la espiritualidad de los bautizados. Sigue interpelando. Habla menos del sacerdote que los otros fundadores de los diversos institutos de la “*escuela francesa*”. El Señor Vicente, sin emplear la expresión “sacerdocio de los bautizados” o “sacerdocio de los laicos”, galvaniza a sus tropas para que sigan a Cristo evangelizador de los pobres. De esta forma, misioneros, tanto sacerdotes como hermanos, Hijas de la caridad, miembros de las Cofradías de caridad son para él, ante todo, bautizados. Propone a todos la espiritualidad de los cristianos, “de la religión de San Pedro”.

2. El sacerdocio común de los bautizados

Hay que distinguir sacerdocio bautismal y sacerdocio ministerial (sacramento del orden) también llamado sacerdocio del sacerdote. En tiempos de San Vicente, en los años del postconcilio de Trento, en los que se debate el sacramento del orden entre protestantes y católicos, los protestantes niegan el sacramento, hacen de los ministerios del pastor una simple función de delegación de la comunidad.

*“Después de los grandes teólogos del concilio, Bérulle, San Vicente, luego Jean-Jacques Olier y San Juan Eudes fueron los primeros en Francia en abordar este problema, tanto en el aspecto teológico, si bien muy brevemente, como en el aspecto práctico. Restaurar la credibilidad del ministerio presbiteral, en la doctrina y en la vida concreta de los sacerdotes, fue una de sus grandes preocupaciones: la vida lo imponía. Y eso formó parte de su vida espiritual”*⁶.

Los espirituales agrupados alrededor de Bérulle o más o menos influidos por él, escribieron tratados, algo que no hizo el Señor Vicente, pero escribieron

⁵ Cf. Hb 13, 8.

⁶ Cf. Bernard KOCH, *La spiritualité de Saint Vincent de Paul*, Session européenne, Le Berceau, 1995.

muy poco sobre el sacerdocio presbiteral. Es ante todo su acción y algunos textos los que nos dan a conocer su visión del sacerdote. La inquietud de este grupo, llamado “*escuela francesa*”, se percibe en algunos grandes ejes de pensamiento referidos al sacerdocio:

1. Jesucristo es nuestro único Sumo Sacerdote. Es el perfecto adorador del Padre y, a la vez, perfecto sacrificador y víctima perfecta⁷.
2. Todos los bautizados participan del sacerdocio de Cristo y de su misión sacerdotal.
3. Esta misión sacerdotal se realiza en las tres funciones siguientes:
 - *consagrar* el cuerpo eucarístico de Cristo y *unir* para construir su cuerpo místico, en particular, por el sacramento de reconciliación. Esta función es propia del sacerdocio ordenado y ministerial, en su calidad de representante de Cristo-cabeza. El sacerdote es quien congrega y, a la vez, el Signo y el Actor de la unión y la reconciliación. La unión y la reconciliación son una gracia que se recibe, una tarea que se ha de llevar a cabo. Este trabajo en pro de la unidad y la reconciliación pertenece a todos los bautizados.
 - *ofrecer* su vida y el sacrificio eucarístico⁸. Esta función es la del pueblo de los bautizados: hombres, mujeres, consagrados, ordenados. El lazo de unión de la Eucaristía con la vida concreta es una de las características de la “*escuela francesa*”. El concilio Vaticano II lo expresa con toda su autoridad y con la misma insistencia.
 - *enseñar*, es decir, hablar, anunciar la Buena Nueva y evangelizar como Cristo. Este ministerio de enseñanza “de palabra y de obra”, dice San Vicente, pertenece a todos los bautizados y por supuesto a los ministros ordenados, por diversos títulos y con modalidades propias según la vocación personal y la misión recibida en la ordenación. Los laicos, hombres y mujeres, tienen un ministerio espiritual y corporal reconocido e implicado en sus actos, especialmente en el ámbito de la caridad.

Estos grandes ejes de pensamiento de la *escuela francesa* se expresan en estas tres funciones de la misión sacerdotal de Cristo⁹.

Entre estos reformadores del clero y formadores de los sacerdotes en Francia en el siglo XVII, San Vicente desempeña un papel de primer orden. No es un teórico y no ha dejado ningún tratado dogmático. Es un actor al servicio de los bautizados y, entre ellos, de los ordenados.

⁷ Cf. SV XII, 224-225 / ES XI, 522-523. Cf. Hb 10, 5-7.

⁸ Cf. SV XII, 368, 371-372, 376-377 / ES XI, 640, 641-642, 646-647; SV IX, 5 / ES IX, 24.

⁹ Los miembros de este grupo de espirituales de la “Escuela Francesa” son Pedro de Bérulle (1575-1629), fundador del Oratorio de Francia, San Vicente de Paúl (1581-1660), Jean-Jacques Olier (1508-1657), fundador de la Sociedad de San Sulpicio, San Juan Eudes (1610-1680), fundador de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús y María (eudistas).

Los Ejercicios espirituales de los ordenandos, las Conferencias de los martes, los retiros para eclesiásticos, los seminarios, la ayuda a los obispos y al episcopado son aspectos específicos de su acción en favor del sacerdocio ministerial, pero su acción es también brillante en el resto de sus actividades: Cofradías de Caridad, animación de las Hijas de la Caridad, misiones... San Vicente tampoco desarrolla la doctrina sobre el sacerdocio de los presbíteros, ni sobre el sacramento del orden. Se dedica a mostrar a los sacerdotes las exigencias prácticas de su sacerdocio y les ayuda a vivirlas. Saca de la doctrina tradicional de la Iglesia hasta las últimas consecuencias en el plano pastoral y misionero. San Vicente, actor de la misión y de la caridad, es ante todo un testigo que habla por experiencia: *“tal es mi fe, tal es mi experiencia”*, dice sin rodeos. A diferencia de Bérulle y de Olier, cuyo pensamiento se centra habitualmente en los estados eternos del Verbo encarnado, el Señor Vicente insiste sobre todo en el aspecto “redentor” de la Encarnación y del sacerdocio. Para él, Jesús es ante todo el “Redentor en plena tarea”, el “Salvador”. Con este último título lo invoca espontáneamente en el curso de sus conferencias. Porque es esencialmente “misionero”, no es la religión la virtud que se encuentra en el primer plano de su idea del sacerdocio, sino la caridad y el celo del Buen Pastor. El primer trabajo al que le lleva su amor a Dios, que es el alma de su actividad, es la salvación de sus hermanos. Insiste pues en el carácter concreto e histórico de la misión de Jesucristo. Se concentra en la misión redentora de Jesús en medio de los hombres, como realidad histórica viviente, cuya acción se prolonga actualmente en el sacerdocio.

3. El aspecto apostólico y misionero del sacerdocio según la experiencia de San Vicente

Cuando el Señor Vicente se ve atrapado por su propia historia se le escapa esta confidencia: *“En cuanto a mí, si hubiera sabido lo que era (ser sacerdote) cuando tuve la temeridad de entrar en este estado, como lo supe más tarde, hubiera preferido quedarme a labrar la tierra antes que comprometerme en un estado tan tremendo”*¹⁰. San Vicente pasa revista a las etapas de su vida. Conoce lo que su experiencia debe a su terruño natal, a su familia. Se ve estudiando en Dax y en Toulouse. Revive su recorrido un poco “ambicioso” y su subida a París. Cómo vivió el rechazo a consecuencia de una acusación injusta de robo; cómo experimentó la noche negra de las dudas contra la fe. Cómo, tras un itinerario tormentoso, sale en paz. Se creía hecho para quemar la vida por un retiro honroso y es la vida la que le va a consumir. Se entregó a Dios y decide dar su vida a los pobres. En 1617, mediante las experiencias de Ganne-Folleville y de Châtillon, llega la liberación. En Folleville se da cuenta de las dimensiones del desierto espiritual de los campos y de la ignorancia del clero. Su reacción es la del

¹⁰ SV V, 568 / ES V, 540.

sacerdote; gracias a la señora de Gondi, se lanza con otros a la misión. En Châtillon, se produce el encontronazo con la pobreza. La reacción de San Vicente es la del “laico”; gracias a la solidaridad de las mujeres, pone en marcha la Cofradía de la caridad. La Misión y la caridad van a ser desde entonces las dos expresiones complementarias de su experiencia humana y espiritual. Éstas llegan a concretarse en sus instituciones: la Congregación de la Misión (1625), la Compañía de las Hijas de la Caridad (1633). Es la hora de las realizaciones.

La realidad concreta de su experiencia misionera rige su pensamiento sobre el sacerdocio. Esta experiencia, San Vicente la vive con los bautizados, en su mayoría, laicos: hombres, mujeres y pobres. La Misión es asunto de todos los bautizados y, por supuesto, de los sacerdotes.

a) Por el bautismo, los fieles se revisten de Jesucristo, se consagran y se identifican con Jesús. El bautismo hace correr de tal forma la vida de Cristo en ellos que se constituye el cuerpo místico¹¹.

b) Identificados con Jesús, los bautizados se consagran también a la obra de Jesús. Ofrecen su vida, en su seguimiento y como Él. Reproducen “ingenuamente” el acto del único Sacerdote, Jesús.¹² Todos los bautizados son sacerdotes con Jesucristo. Este sacerdocio bautismal se expresa en la consagración total de sí mismo. Por eso, los votos de los hermanos y de los padres de la Congregación de la misión y de las Hijas de la Caridad concretan este sacerdocio bautismal. La ofrenda de sí y de la propia vida es un don total a Dios.

c) Si el sacerdote ordenado es quien consagra el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, todos los bautizados ofrecen, con el sacerdote y con Cristo, no sólo su vida, sino la Eucaristía¹³.

d) Fruto de una elección divina, el bautismo es fuente de las vocaciones y de las misiones, así como de los *ministerios* no ordenados y ordenados. San Vicente recuerda constantemente a sus misioneros, hermanos y padres, y a las Hijas de la Caridad que el servicio a Cristo en la persona de los más necesitados hace efectivo el Evangelio. Lo que quiere decir que los bautizados son apóstoles, profetas, testigos que proclaman con su vida y sus diversos compromisos que son de Dios y ya no se pertenecen, como Cristo. El motor como la meta de su ser y de su vida es Jesucristo, Crucificado y Resucitado.

Los “vicencianos” responden a una llamada personal de Cristo, buscando acogerle en ellos, hacerle vivir en ellos y servirle en la persona de los pobres. Se

¹¹ SV XII, 224-225 / ES XII, 522.

¹² SV XII, 368 / ES XI, 640; Rom 12, 1; Hb 5, 1.

¹³ SV IX, 5 / ES IX, 24; SV XII, 376-377 / ES XI, 646.

alimentan intensamente, asiduamente de Jesucristo por la oración, el estudio y la meditación de la Palabra de Dios, la participación regular en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía y la reconciliación, para estar seguros de que su acogida y su encuentro son el único móvil.

4. El sacerdocio del presbítero según San Vicente

La palabra empleada por San Vicente para definir al sacerdote es “instrumento”: *“Dios ha enviado a los sacerdotes como envió a su Hijo eterno para la salvación de las almas”*¹⁴. *“Y a nosotros se nos dedica a ello como instrumentos por los que el Hijo de Dios sigue haciendo desde el cielo lo que hizo en la tierra”*¹⁵.

“Instrumento” de Jesucristo, no instrumento inerte, intercambiable, irresponsable, sino instrumento escogido y querido por el Señor, instrumento inteligente, libre y responsable. Vicente subrayará que los *“sacerdotes son irremplazables en su papel ante las almas que Dios les ha destinado”*¹⁶.

Y precisa más: *“Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas. Por tanto, nuestra vocación consiste... en abrasar los corazones de todos los hombres, hacer lo que hizo el Hijo de Dios, que vino a traer fuego a la tierra. ... Es cierto que yo he sido enviado, no sólo para amar a Dios, sino para hacerlo amar. No me basta con amar a Dios, si no lo ama mi prójimo”*¹⁷.

¿Cuál es la condición para ser instrumento de Jesucristo? Ponerse en las manos de Dios como Cristo, estar íntimamente unido a Él en la acción pastoral. Esta *docilidad* para ser constante ha de adquirirse sin descanso y cada día en la misa. La celebración de la Eucaristía y la comunión se sitúan en el centro de la Alianza con el Señor, que fue obediente hasta la muerte por amor a nosotros y nuestra salvación.

Sin esta docilidad, sin esta obediencia, el sacerdote fracasa en su misión que consiste en “edificar” el Cuerpo Eucarístico de Cristo por la consagración y el Cuerpo Místico de Cristo por la animación.

La espiritualidad y la santificación de los sacerdotes dimanan de estos dos aspectos inseparables. De suerte que, según San Vicente, el camino de santidad de los sacerdotes, el ejemplo que deben seguir no es el de Cristo en cuanto

¹⁴ SV VIII, 33 / ES VIII, 33.

¹⁵ SV XII, 80 / ES XI, 387.

¹⁶ SV XI, 134 / ES XI, 56.

¹⁷ SV XII, 262 / ES XI, 553.

evangelizador de los pobres, sino el de Cristo Sacerdote. Deben conformarse a Él, imitar su religión hacia el Padre y su caridad hacia los hombres¹⁸. Se puede ver aquí la influencia de Bérulle que une adoración y misión; pero también y sobre todo la meditación de San Vicente sobre la misa. En efecto, en el momento de entrar en la plegaria eucarística, el sacerdote llama a los fieles a unirse en la oración en el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia. La respuesta de los fieles es “*Para la gloria de Dios y la salvación del mundo*”.

La misión y la caridad están en el centro de la oración y de la vida de los sacerdotes como lo están en el centro del sacrificio del único sumo Sacerdote, Jesucristo, el Buen Pastor.

Conclusión

San Vicente fundamenta la misión a partir del bautismo. Hermanos, sacerdotes, Hijas de la caridad, laicos de las cofradías y otros están incorporados por el bautismo a la vida de Dios y llamados a seguir a Jesucristo, evangelizador de los pobres. Cristo y los pobres forman parte de su vocación y de su misión. Por eso se han de revestir de Jesucristo.

San Vicente despliega toda la vocación bautismal del sacerdote ordenado a partir de Cristo sumo Sacerdote, para edificar por la consagración su cuerpo eucarístico y construir su cuerpo místico. La manera cómo el sacerdote se ha de revestir de Jesucristo es conformando su vida con la de Cristo, entregado en cuerpo y alma a Dios y a los hombres. San Vicente Insiste en el aspecto redentor de la encarnación y del sacerdocio presbiteral.

Los sacerdotes son pues, entre los bautizados, “*instrumentos por los que el Hijo de Dios sigue haciendo desde el cielo lo que hizo en la tierra*”¹⁹. Por esta motivo, son los que congregan para la misión y la caridad. Se trata de extender el reino de Cristo, de ampliarlo, de pensar y vivir el Evangelio en el mundo entero²⁰.

Comprendo mejor ahora por qué la confesión de fe cristiana (nuestro credo) pasa de la encarnación de Jesús a su sacrificio redentor. Comprendo también a Pedro quien se resiste ante el misterio de la cruz. La Iglesia, madre y educadora del gozo y la esperanza del mundo, nos ha dado un signo de gratitud y del misterio del amor “inventivo” de Dios y de nuestra vocación y de nuestra misión: el signo de la cruz.

¹⁸ Cf. Abelly, lib. III, cap. VIII, 72.

¹⁹ SV XII, 80 / ES XI, 387.

²⁰ Federico Ozanam en el siglo XIX quería encerrar el mundo en una red de caridad.

El Signo de la Cruz, que es un gesto y una oración.

- *un gesto*. Yo trazo sobre mí la señal de la cruz de la frente al pecho, de un hombro al otro. Asocio mi cuerpo a un acto que es a la vez una afirmación y un mensaje. Una afirmación de lo que soy y un mensaje que lo significa. Me manifiesto como cristiano de manera pública, porque es un acto físico. Mi cuerpo, mi vida, “yo” son tomados en todas sus dimensiones. Este signo es también el recuerdo de la cruz de Jesús. Es el primer signo que se ha trazado sobre mí a mi entrada en la Iglesia, en mi bautismo. Yo me signo porque fui signado. La cruz es el signo por excelencia de la encarnación redentora.

Este signo de la cruz se inscribe en el tiempo y en el espacio. Viene de los cristianos de la primitiva Iglesia. Me ha sido transmitido. Se actualiza hoy en el espacio donde vivo. Tiene un simbolismo espacial. Yo hago sobre mí la señal de la cruz, sobre mí que estoy situado en el mundo de hoy. Indica el norte, el sur, el este y el oeste. Me indica la verticalidad y la horizontalidad de mi ser. Comprende mi persona, mi existencia singular con las demás personas y la existencia de todos mis hermanos los hombres en la totalidad “cósmica”. Pertenezco, como lo dicen los cuatro puntos cardinales, al universo y a la creación. Me afirmo con todos los demás hermanos actor en esta creación para su desarrollo total hasta su destino último. No he pronunciado aún una sola palabra, y ya proclamo la universalidad de la salvación adquirida en Jesucristo.

- *una palabra*. Hago la señal de la cruz pronunciando estas palabras “*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén*”. Inscribo en mí el signo de Cristo con una fórmula trinitaria que me hace adentrarme en el misterio mismo de Dios. Quedo apresado en este misterio de Dios del que afirmo a la vez la unidad de naturaleza y la trinidad de las personas. Afirmo mi pertenencia al Dios único en tres personas. La fe cristiana es trinitaria. Mi vocación es pues divina. Me inscribo en el medio divino. Esta profesión de fe indica a la vez que he sido creado a imagen y semejanza de Dios y también que, gracias a Jesucristo, Hijo eterno de Dios, mi condición humana marcada por la muerte entra en la condición de Dios. Llego a ser, dice Pablo, hijo en el Hijo. Soy con Cristo, en Cristo y por Cristo portador de ese misterio de Dios entre mis hermanos.

- *una oración gestual*. El signo de la cruz es una oración del cuerpo y del espíritu. Asocio mi cuerpo a mi profesión de fe. Creo con todo mi ser. Afirmo físicamente mi adhesión al misterio de Dios. Pablo lo expresa muy bien en su carta a los cristianos de Éfeso: “*Por eso doblo mis rodillas ante el Padre... para que, conforme a la riqueza de su gloria, os robustezca con la fuerza de su Espíritu de modo que crezcáis interiormente. Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que viváis arraigados y fundamentados en el amor. Así podréis comprender, junto con todos los creyentes, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo; un amor que supera todo*

conocimiento y que os llena de la plenitud misma de Dios”²¹. ¿Será un atrevimiento decir que Pablo expresa una teología trinitaria (el misterio del amor de Dios) con una geometría en el espacio? San Vicente dice a las Hermanas que “ellas se congregan en nombre de la Santísima Trinidad para honrar a Nuestro Señor y servirle en la persona de los pobres. Pues Nuestro Señor es la expresión perfecta de la relación de amor que es Dios.

A los misioneros, hermanos y sacerdotes, les dice: “*Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas. Por tanto, nuestra vocación consiste en ir... por toda la tierra... abrazar los corazones de los hombres, hacer lo que hizo el Hijo de Dios...*”²². A los sacerdotes les recuerda “*no hay nada mayor que un sacerdote, a quien él le da todo poder sobre su cuerpo natural y su cuerpo místico, el poder de perdonar los pecados*”. (SV XII, 85 / ES XI, 391)

El Espíritu del Padre y del Hijo nos consagra para la adoración y a la misión, para la gloria de Dios y la salvación del mundo, y en primer lugar de los pobres. ¡Qué grande es el misterio de la fe!

(Traducción: MÁXIMO AGUSTÍN, C.M.)

²¹ Ef 3, 14-19.

²² SV XII, 262 / ES XI, 553. Cf. Jacques Delarue, *L’ideal missionnaire du prêtre, d’après Saint Vincent de Paul*, Paris 1946; Cf. Jean-Pierre Renouard, *Prier 15 jours avec saint Vincent de Paul*, Paris 2000, Nouvelle Cité.